VERSOS DEL DOMINGO

POR

JOSE MARIA VALVERDE

BALADILLA EN EL TRANVIA

("CIRCOLARE EXTERNA", ROMA)

A Dionisio Ridruejo.

De San Pedro y el Coliseo
recortados, como en postal,
de los ilustres monumentos,
de eso, siempre oímos hablar;
pero nunca del jugo espeso
de vida en sueños en que están.
Entre todo, en perenne giro,
como en sus bordes rueda el mar,
como la sangre, ciega y terca,
en la guerra como en la paz,
remejiendo el vivir oscuro,
zumba el rodar del "Circular".
El Trastévere y el Parioli,
Risorgimento, San Juan Letrán,
historia y suburbio fundidos,
la mujer con su cesto y pan,
el peregrino y el mecánico
que van leyendo L'Unità.
Cosiendo el día con la noche,
la costumbre con el afán,
con su ruido de corazón
pesado de sueño, detrás
del marrarse los años, se oye
al fondo, siempre, su rodar.

VISITA DI BOLOGNA IN MEZZA GIORNATA

A Ernesto Cardenal.

Y cuánta gente, antes de ver,
casi antes de llegar, cuánta gente, ciñéndonos,
dormida y viva como mar playero,
con grave zumbido de naturaleza;
y en medio, intangibles, en una esfera de aire ausente,
las torres históricas, más o menos inclinadas,
las plazas, naturalmente, con su palacio y su Duomo,
todo también un poco inclinado;
pero otra vez, cuánta gente,
cuántas corbatas, cuántas ocupaciones,
el pecador de aburrimiento,
el hambriento de sueños,
los que no esperan nada en que esperar,
y, en fin, los innumerables hermanos, los hombres de [relleno
—que tienen para ellos solos una casa y unas gentes—,
y por ahí vagamos, como si de veras estuviésemos,
y no con un cristal de ventanilla en el mirar,
hasta que sentándonos, plantándonos sobre el flúido de [la tierra,
asomamos como muñecos de guiñol por el agujero del [idioma,
pedimos cosas a un camarero,
cosas reales, de las que toman ellos,
y mendigamos con la propina hasta que, por lo menos,
nos da su "Buona Pasqua!", nos mete en el día que es,
nos admite en el corro, sin ver,
sin sentir más que una malla inacabable de manos ciegas.

AIR MAIL

Amor, ya cada día es más otoño
sobre el mundo que nos aleja.
Cada tarde estoy más en mí, en tu imagen,
en mi secreta y suave hoguera.

Pero nuestras palabras, cuando vienen
milagrosas entre la niebla,
llegan mojadas de terror profético,
del miedo de ríos y aldeas.
No nos dejan hablar a solas, dentro
de nuestra complicidad tierna;
hay mucho ruido de locura y muerte,
el viento invade la voz nuestra.
¡Ay, sí!, y así tendremos que aceptarlos,
ayudándonos la tarea
uno a otro, como cuando empezábamos
la edad mayor de la obediencia.
Perdidos en el mundo, en los pequeños
Cristos que entre todos se llevan
la cruz, equivocándonos de espalda
con el dolor de otro cualquiera.
Es el tiempo en que nuestro amor no puede
pensar que será de él siquiera,
sólo dejarnos juntos, ofrecidos
sobre el altar común, a ciegas.
"Aquí estamos, Señor", nos enseñábamos
uno a otro a rezar; ya llega
tras los ensayos la hora de decirlo,
y qué distinto suena y quema.
Pero aunque a esta lección nos ayudemos,
buenos compañeros de escuela,
no borres los cuadernos que escribíamos
otras mañanas más serenas.
Al ponernos de pie bajo los cielos,
prestos a todo, muerte, ausencia,
que el orgullo no diga que fué vana
la más chica brizna de hierba.
Al mirar hacia atrás, como ya estamos
juntos los dos, no vemos nuestras
porciones; nos fundimos con las gentes,
por las raicillas, con la tierra.
Y así aprendo que nunca ha sido inútil
la más vulgar palabra ajena;
tanto vivir en masa, aunque festín
de la muerte sólo parezca.
Tú, amor, lo sabes bien; tus parpadeos
en la luz de Dios fijos quedan;

tu "sí" está resonando eternamente
tras la muralla de tiniebla.
Amor, amor, atiende bien: enséñame
mejor lo que te digo, que ésta
es la última lección del libro; luego
vivir, morir, lo que Dios quiera.

LA MAÑANA

En la mañana, en su fino y mojado
aire, subes y vuelves a la casa,
con el latir de la gente, y los trabajos;
te corona el rumor del mercadillo,
y el carpintero habrá sacado el pote
pegajoso a la puerta, y dará golpes,
y el triciclo de carga va llevando
la buena nueva, porque tú me llegas
con tu cesto, cargada de milagros;
te acompaña la leche, como un niño
que anda mal, que se tiende y que se mancha;
el queso, denso espacio de pureza
concretada y punzante, y el fulgor
antiguo del aceite; la verdura
aun viva, sorprendida mientras duerme;
las patatas mineras y pesadas,
de querencia de suelo; los tomates
con fresco escalofrío; los pedazos
crueles de la carne, y un aroma
noble de pan por todo, y su contacto
rugoso de herramienta. Ya se inunda
mi faro pensativo de riquezas,
de materias preciosas; considero
la textura del vino y de la fruta,
estudio mi lección de olores; noto
que todo se hace ya porque lo traes
a entrar en mí, y estamos en la mesa
elevados, las cosas y nosotros,
en el nombre del mundo, como pobre
desayuno de Dios, a que nos coma.

DE UNA VIDA DE SANTO

Sobre su nombre y nacimiento
hasta el día de hoy no están
las historias de acuerdo, fué
desconocido y vulgar.
Cuantos le hablaban, le olvidaban
en seguida, para quedar
sin darse cuenta otro poco
más alegres, más en paz.
Quién nos lo pinta recluído
en mística soledad;
quién dice que habitó en el ruido,
dejó familia y ganó pan.
Sólo nos consta que solía,
al salir de su portal,
mirar el color del cielo
y, tropezando, suspirar.
Que le gustaba andar despacio,
ir silbando a ver pasar
la gente, y tenía algunas
dulces manías que cultivar.
Sin pensarlo mucho, rezaba
con costumbre de olvido ya,
confiaba y se distraía
en la vida y su zumbar.
Murió, y despertó asombrado
al encontrarse santo allá;
riega milagros pequeños
que a nadie dan nada que hablar.

PALABRAS PARA EL HIJO

Viniendo estás, hijo; ya tienes imperiosamente abierto tu hueco entre los días,
y me paro a pensar cómo tendré que decirte para pasarte lo que he vivido,
si todavía tus padres apenas sabemos hablar, saltamos por encima de las palabras,
y de la mano andamos, cruzando por largos silencios, como claros de bosque.

Tal vez todo es inútil y la sangre camina bajo la voz, y nada se puede;
pero yo pienso y pienso en las cosas que todavía mal he aprendido,
y que tendré que enseñarte, porque ya no podré olvidar, ni guardar silencio,
ni volver la espalda a lo que fué, para llegar más libre a la esperanza.

Desde ahora cuanto miro me exigirá nombre con que poder contarlo;
ya no podré ser ojo mudo, pasmo sin pregunta, guardador de secretos,
y tendré que dejarme llevar por tu mano hasta la misma raya de la ignorancia,
dibujar exactamente adónde llega el borde del agua de la materia oscura.

Procuraré empezar por decirte el respeto que se debe a todas las cosas,
la seriedad de la tierra áspera y su peso húmedo, desmigado entre los dedos,
la admirable cerrazón de la piedra, secretamente conjurada consigo misma,
a veces en un guijarro caminante, como endulzado por el peso de la memoria.

Y la madera dócil, viniendo desde el olor y el viento a acurrucarse al calor de la mano,
que acaricia la sabiduría de las formas elementales de la silla y la mesa,
y el tesoro del metal, sus arbitrios industriosos, su cansancio oxidado, su esplendor
cuando con brillos fatídicos conquista su extraña vida de máquina palpitante.

Querré acostumbrarte al murmullo de la multitud, a su ir y venir de hormigas con palitos,
para que te resignes y comprendas las profundidades de la rutina cívica,
la majestad de la vida misma en la sonámbula repetición del empleado,
el latir de lo más dulce en la humilde comparecencia de los insignificantes en sus sitios.

Pero también te enseñaré la palabra que, puesta junto a otra, arde con llama hasta el cielo,
y la canción que se adueña de nuestros huesos y gira y gira sola hasta iluminarnos,
y el poderío de una mancha roja cuidadosamente extendida sobre un cuadro de lona,
hasta rozar genitalmente un azul que anochece por su parte, detrás del amarillo.

Y muchas cosas del hombre, que hubiera callado para olvidar, guerras como otra luz de años enteros,
y disparos de medianoche y el muerto de cada mañana en el descampado de las latas de mi barrio,
y el cañoneo lejano, viniendo, y el odio de casa en casa, y las palabras en cuchicheo,
y las esperanzas y las desilusiones y las esperanzas, haciendo historia al repetirse.

De tu madre jamás hablaremos; tardarás mucho tiempo en comprender
qué otras estrellas fueron las mías en la ventana nocturna de sus ojos,
cómo la encontré viniendo de pinares de sueños, de olas y canciones de niña,
cómo la convencí, y lo dejó todo, y cruzó un río desconocido, y estabas tú.

Y cuando preguntando llegues al porqué de todo, empezaré a contarte del último amor,
enseñándote a poner la mano sobre el mundo para que sientas su música de trompo,
la leyenda verdadera del Dios que tanto quiso a los hombres que nació con ellos;
porque no sé si mi palabra puede algo más que enseñarte a rezar, y retirarse.

José María Valverde.
Vía Fabrizi, 1.
ROMA (Italia).